

## VIII

*Ultima entrevista entre el embajador americano y el ministro de Cuba. Se trata de sacar a Madero y Pino Suárez por Tampico. Mr. Wilson se niega a proponerle a Huerta. Entrevista del embajador con la esposa del Gobernador de Yucatán. Huerta zengañó a Wilson? El aniversario de Washington. Recepción en la embajada. Huerta y sus Ministros. Huerta y Wilson.*

MR. WILSON: Si desea usted que hablemos extensamente, recibiré primero a la señora del Gobernador de Yucatán....

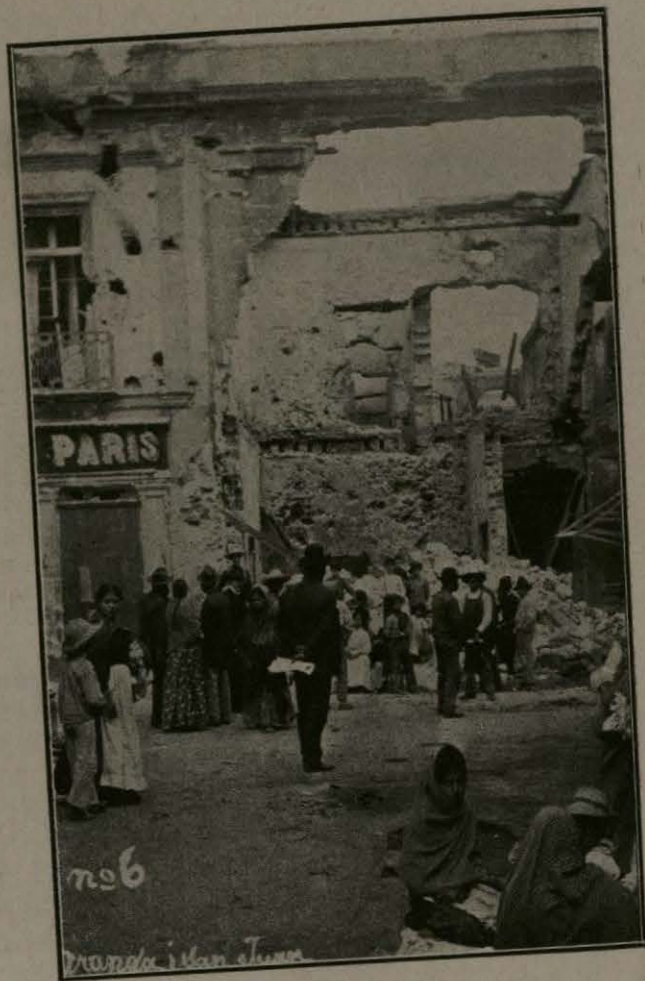
Y temiendo que en cada hueco, detrás de las ventanas y de los espejos aguardasen individuos de misteriosa catadura, dispuestos a demorarme, juré urgente la materia y breve mi discurso....

—Un despacho en cifra me informa de la actitud que ayer asumieron las autoridades militares del puerto de Veracruz. En acuerdo Ejército y Armada no reconocerían al general Huerta Presidente, mientras el Senado no les comunicara que lo es conforme a las leyes; y destacaron fuerzas a Orizaba en espera del tren que llevase al señor Madero....

EL EMBAJADOR:—Lo sé todo y a ello se debió que Huerta impidiese la salida....

EL MINISTRO DE CUBA:—Por lo menos, el hecho sirve de pretexto.... Huerta resultó Presidente a las nueve y media de la noche del 19. A las diez ¿se sabía en Veracruz, habían deliberado las autoridades y telegrafado al general?

EL EMBAJADOR:—Desde luego que nó: pero, el Presidente, a esa hora, tenía noticias en que fundar desconfianza.... Se han arreglado las cosas y ya no const. tuye Veracruz preocupación....



706

Madero y sus hijos



EL MINISTRO:—Entonces ¿por qué no dispone Huerta el tren?

EL EMBAJADOR:—De todos modos sería peligroso....

EL MINISTRO:—Hay peligro en Veracruz. ¿Y en Tampico?

MR. WILSON:—En Tampico no hay peligro.... pero tampoco hay buque para embarcarles....

EL MINISTRO:—Yo daría órdenes al comandante del crucero "Cuba".... y antes de llegar los expatriados habría buque....

EL EMBAJADOR (en voz baja):—Oh, no, yo no hablaré de eso al Presidente; es imposible, Ministro, imposible, imposible....

La visión de Madero libre, encaminándose a la frontera norte de México, arengando a las multitudes, armando a los ciudadanos y encendiendo la revuelta "legalista", perturbaba, sin duda, la mente del yanqui, toda ella abstraída en el propósito de restablecer la paz "material", o sea la única paz que al diplomático interesaba. No era, desde luego, el obstinado Embajador, discípulo, en cuanto a lógica, de Stuart Mill, en punto a sociología, de Herbert Spencer, ni estudiaba el complejo problema con otros datos que los del pretorianismo de Porfirio encarnado en la persona del nuevo Dictador. Nosotros hablábamos de la orden generosa de Agesilao: "A Nicias, si no ha delinquido, absuélvale; si ha delinquido, absuélvale por mí; y de todas maneras absuélvale"; pero Mr. Wilson, como la rubia Ceres, en el sueño de Eumenes, "corta unas espigas y teje una corona al vencedor". En Huerta se condensan todas las esperanzas: ¡posee los secretos de la paz a que aspira el extranjero! ¿Por qué desviar su mano, perturbar su instinto, enmendar el código de su conciencia? Wilson aboga por una solución: el encierro. Pero Huerta matará.... ¿No es Huerta, en cuestiones mexicanas, juez más adecuado? Huerta matará; es decir, matarán los enemigos del régimen caído; matará el espectro de la paz allí donde el desorden es vi-

vir; donde morir es progresar. Y Mr. Wilson, aturdido por tan pavoroso discernimiento, no quiere interceder en provecho de Madero, e intercede en beneficio de Victoriano. La esposa del Gobernador de Yucatán ha relatado el motivo de su presencia, aquella tarde, en la embajada. Pretendía Mr. Wilson que influyera la aristocrática señora en el ánimo de su marido recomendándole, en persuasivo telegrama, el acatamiento a la nueva situación, ya que, de otro modo, según el indiscreto padrino, se arruinaba el continaz Gobernador. ¿Sabía entonces Mr. Wilson la proximidad del suplicio de Pino Suárez? Sabiéndolo ¿cabía la peregrina indicación a su cuñado? Penetremos en la tiniebla profunda. Huerta que traicionó a Madero el 18 y le engañó el 19 ¿engañaría, también, a Mr. Wilson, el 22?

Abre sus puertas la Embajada; y luz y flores decoran su interior. La señora Wilson, hace los honores; elegantes, como reinas, las damas; erguidos, como príncipes, los caballeros, contando y riendo, a través de los salones, las peripecias de la víspera. El ministro de Bélgica se lamenta de una granada que hizo explosión en su lujoso comedor. La señora de Strong, esposa del inglés, hace, en tono triste, y con fina gracia, la apología de su yegua, muerta de un cañonazo. Una sola bala atravesó a dos sirvientes del de Guatemala. Y "Piratita", el caballo del hijo del de Cuba, pereció destrozada el anca por la metralla....

UNA VOZ (a mi oído):—El Embajador está nervioso, inquieto....

EL MINISTRO DE CUBA:—¿Por qué?

LA MISMA VOZ:—Aguarda a la Divinidad Salvaje que tarda demasiado....

Mr. Wilson atraviesa, en ese instante, nuestro grupo; reparte sonrisas y mira su reloj:

—Llegarán pronto, dice consolado.

EL MINISTRO DE CHILE (llevándose aparte):—Corre



la especie de que han sido trasladados los prisioneros a la Penitenciaría....

EL DE CUBA:—Nada sé... y no lo creo....

UNA VOZ:—No falta, sin embargo, quien afirme que al señor Madero le han herido....

OTRA VOZ:—Es falso. Vivo o muerto. Herido, no.

EL DE CHILE:—Insisto en gestionar la expatriación de los prisioneros....

EL DE CUBA:—Yo, lo mismo.

UNA VOZ:—¿Y si dejaran, por ello, de ser gratos al gobierno actual?

EL CHILENO:—Absurdo. Somos ministros de naciones amigas, hermanas; y no actuamos contra nadie, sino en pró de todos. Es un servicio a México.

EL CUBANO:—Tengo este cablegrama de mi gobierno que apoya nuestros esfuerzos. Lea usted, Ministro.

El Sr. Hevia leyó:

“Ministro de Cuba.—México.—Presidente y Gobierno felicitan a usted por sus nobles y humanitarias gestiones para ayudar Gobierno de México a resolver actual situación asegurando la vida del ex-Presidente Madero y del ex-Vicepresidente, y fía en la nobleza de las autoridades y pueblo mexicanos el éxito de tan plausibles esfuerzos para honra de la humanidad y como la mejor manera de apagar las cóleras, en beneficio de la paz y consolidación de las instituciones. Estamos persuadidos de que el pueblo todo de Cuba, así como todos los demás, verían regocijados el respeto de la vida de Madero y sus compañeros, como prueba de la magnanimidad de la Nación Mexicana.—SANGUILY”.

EL CUBANO:—Mañana me dirigiré, en nota, al Ministro de Relaciones Exteriores, transcribiendo ese hermoso despacho.

—Al señor Eche. Riquelme le parece “salvadora” la idea.

La concurrencia se “replega”, como un ejército en derrota; y entran al salón, Presidente y Embajador, seguidos de los miembros del Consejo, los ayudantes del general y media docena de chambelanes. En el acto, reconocemos la vieja levita de la víspera... Huerta se detiene; inclina a derecha e izquierda la cabeza, pelada a punta de tijera; acomoda los espejuelos; observa aquí, allá; y a diestra y siniestra repite el saludo reglamentario. La corte forma en torno a la heroica legión recién llegada; y la señora Wilson estrecha la mano del “caudillo”. Huerta dobla la cintura en respetuosa reverencia. Y la señora Wilson, acostumbrada a las grandes ceremonias, presenta con gesto afable a las damas. Huerta moviéndose lentamente, vuelve los ojos de un lado a otro; pronuncia frases de tímida urbanidad:

—Beso a usted los pies....

—Mucho gusto....

—Servidor....

La señora Wilson tómale del brazo y rompe la marcha al “buffet”. Le siguen las parejas que ella misma ha designado. A la señora del ministro de Cuba la conduce el de Hacienda, el muy ilustre y muy sabio don Toribio Esquivel Obregón.... Rodeamos la amplia mesa, cubierta de primores, y cobra ánimo y calor de tiesta la recepción. Mr. Wilson, tieso, grave, solemne, levanta su copa de champagne. Huerta, mirándole fijamente, le emita. Cien copas más derraman sus espumas. Era en memoria de Jorge Washington. Tres horas y media de vida les quedaban a Madero y Pino Suárez.

EL MINISTRO DE CUBA AL DE HACIENDA:—¿Durará largo tiempo el Gobierno Provisional?

DON TORIBIO:—Deseamos ardientemente que dure poco....

Y variando el tema, rindió homenaje de simpatía a nuestra bella isla. “Estimo a los intelectuales cubanos y me interesa mucho su legislación en materia de Hacienda”.



EL DE CUBA:—Me sería muy grato proporcionársele a usted completa....

DON TORIBIO:—Y yo le tomo la palabra, Ministro....

Las ocho y cuarto.... Los salones rápidamente se vacían. En el vestíbulo recojen, damás y caballeros, los abrigos. A la derecha, en el pequeño gabinete donde Huerta y Félix Díaz se abrazaron, dos personajes conversan en reserva. La cortina, temblando al roce de la brisa, deja ver la doble estampa, atareada en alguna confidencia. En el sofá, el Embajador, hincados los codos en las rodillas, clava palabras con la frente, marcando los conceptos. A su derecha Huerta, desplomado en cómoda butaca, escucha embebecido, inmóvil, a espaldas de su sombra, que se proyecta perdida en los bajos de la estufa...

UNA VOZ:—¿Quién pudiera adivinar lo que se dicen?

OTRA VOZ:—Ministro: no olvide usted a Madero y Pino Suárez.

## IX

*Cómo se supo en la Legación de Cuba el asesinato de Madero y Pino Suárez.—La viuda de Madero quiere ver el cadáver de su marido. Cartas cruzadas entre el Ministro y el Embajador. El Ministro de la Barra explica el caso. Nadie cree la versión oficial. Cómo sacaron de Palacio a las víctimas. Informes del general Ángeles. El crimen. Un anónimo que refiere los hechos.*

El Ministro de Cuba, después de brindar en la Embajada de los Estados Unidos, el 22 de febrero de 1913, por la gloria de Jorge Washington, se encerró en su

despacho a trabajar, que tenía cien informes y oficios pendientes, mucho asunto en examen y mucho problema en estudio; montañas de papeles; expedientes y firmas y sellos que aguardaban y cartas y telegramas pidiendo turno; y mediada la noche, al parecer tranquila, dióse el Ministro blandamente al sueño, reclamándole descanso las magulladuras del cuerpo y del espíritu y la prolongada vigilia.

—“¿Qué pasa?...” Un sirviente llama desde fuera de la alcoba. “¿Ocurre algo?...” Despierta el ministro y se yergue sobre las almohadas. El sirviente avisa que la señora Madero quiere hablar por el teléfono, desde la casa del Japón. “¿Es tarde?” Las siete de una fría mañana. Corre la esposa del ministro al receptor y escucha el desolado ruego: “¡Señora, por Dios; al ministro que averigüe si anoche hirieron a su marido! ¡Es preciso que yo lo sepa, señora!” Y no podía la del ministro consolarla, desmintiendo aquella versión, piadoso anticipo de una dolorosa realidad, porque, en ese mismo instante, su doncella le mostraba a todo el ancho del periódico “El Imparcial”, en grandes letras rojas, la noticia del martirio. El teléfono enmudece.... Allá, en la Legación del país del Sol Naciente, ha saltado por la ventana, a los pies de la viuda, otro diario que le cuenta lo irreparable de su infortunio. Y no ha lugar a duda. La prensa toda, con idénticos detalles, bien cosida al oficial embuste, y cierto lujo aleroso en la información gráfica, preparada en plena calma, descubriría, sin quererlo, el proceso de las tinieblas, cometido el crimen, explicado el hecho, serenas las concencias, en una sola noche de furia, sonriente, suave el azul amanecer, que no acudieron al gemido angustioso de las víctimas la tempestad rugiente o el huracán vengador; satisfechos de aquel regalo a la gloria Silfos y Walkirias; disuelta en el rocío la carne, como Hamlet quisiera; y cuajada la sangre en flores inmortales. El estupor, el asombro, abren al pensamiento los abismos y coordinan su lógica las ideas, en raudos vuelos de la Historia: ir de un siglo a otro siglo en un se



gundo; barajar como naipes las edades; y, sin movernos, correr de lo pasado a lo futuro y contemplar, principio y fin, torbellino de la vida, siempre girando en su vórtice: el dolor. Transcurre escasamente una hora. Y el ordenanza —él, partidario de Félix Díaz, también emocionado, —anuncian que guardan en el salón la señora Madero y su cuñada la señorita Mercedes. Un mes antes, el mismo ordenanza anunciaba, con distinta emoción, a la “señora del Presidente de la República”, radiante de felicidad, que honraba, en amable visita, a sus señores, bajo las armas de Cuba. Hecha al gran papel, nacida para el destino de las cumbres, traje, modales y gesto eran adecuados a la altura de su esposo y a la suprema dignidad presidencial. Una semana, y los señores corresponden a la ilustre dama la visita; y firme, recto, espera en el pescante, a las faldas del Castillo de Chapultepec, el ordenanza, orgulloso paje. En ese Castillo, forjó su Imperio de utopías el flaco Maximiliano; recogió sus laureles don Benito Juárez; creó el Sultanato don Porfirio y ensayó la Democracia Madero. Las águilas de un tallado, recuerdan el orgullo de Carlota; y la vista de las colinas a Carmelita. Canta y seduce con sus trinos la hermana menor del Presidente, delgada como una pluma, y conversa con Madero el recio Embajador, arqueadas las cejas y encarnadas las mejillas del yanqui. La señora del Presidente, a un lado la del Ministro de Cuba, al otro la del Encargado de Negocios de Francia, reúne su corte de hadas que admira su delicado encanto, su dulce atractivo, y en aquella afable armonía de luces, himnos, perfumes y colores, ¿quién ha de sospechar que es la despedida a las puertas de la muerte? Abajo, uno a uno, se llevan los coches a la regocijada concurrencia; y al subir al suyo el Ministro de Cuba y su señora, saluda un personaje, a la izquierda del torvo centinela; don Gustavo Madero, próximo a perecer. Mutación del escenario, invento de Shakespeare. La esposa regresa viuda, y en vez de la gracia “regia” lleva un manto negro y arrasados de lágrimas los ojos. No puede explicar lo que le pa-

sa; y es tal su angustia, y tan extraordinario el espanto de su alma, que habla y luego calla y se estremece. Nos mira y tiembla, con temblor de todo su cuerpo, y tan intenso que sacude los cristales y el mobiliario y los adornos de las paredes. Es el pesar que la levanta en un suspiro y la deja caer en un lamento; y llora entonces tierna, como ahogados en el llanto sus sentidos; y cubre con el húmedo pañuelo su rostro desencajado; y solloza una queja, una orden, una súplica. “Quiero ver a mi marido, que me entreguen su cadáver; quiero llevarlo a su tierra de San Pedro, donde nadie lo traicionaba, y darle sepultura con mis propias manos y vivir sola, junto a su tumba....” La señora del ministro le prodiga sus cuidados y procura apaciguar la excitación de sus nervios. “Inmensa es la desventura que la arrebató, señora; pero es también inmensa la resignación cristiana y eterna la misericordia del cielo”.

—Hemos ido a la Penitenciaría —exclama la Srta. Mercedes entre gemidos— y la guardia nos prohibió la entrada. Enseguida acudimos a Blanquet; y penetramos a su despacho. ¡Oh, qué diferencia! Hace dos semanas inos habría recibido de rodillas! No se atrevió a negarnos el permiso escrito; pero de vuelta en la penitenciaría, la soldadesca arrebató el papel y nos rechaza. “¡Asesinos! ¡Traidores!” fué el grito que se escapó de mi garganta.... ¡Sí, asesinos, traidores, miserables!....

—Necesito ver el cadáver de mi marido,—i. terrumpe la viuda, caminando de un extremo a otro de la sala —contemplar su rostro; persuadirme, así, de que es a él a quien “sus protegidos” han asesinado.... Yo quiero su cadáver, es mío, me pertenece, nadie puede osar disputármelo....

Y en tono de súplica, anegada de nuevo en llanto, añade:

—Ministro, pídale usted ahora mismo, sin pérdida de tiempo....

EL MINISTRO:—En estas circunstancias, en medio



del incendio, la única influencia positiva la tiene el embajador....

LA SRA. MADERO:—No, no...del Embajador no quiero nada, no me nombre usted al embajador....él es culpable, lo mismo que los otros....

Al cabo, cede. Ella quiere ver a su marido; quiere verlo de todos modos!... "Bueno, Ministro, sí, el Embajador...pero usted, no yo...usted...."

Y esta es la carta que en el acto remitimos a Mr. Wilson:

"Legación de la República de Cuba.—México, Febrero 23 de 1913.—Mi querido señor Embajador: La desdichada viuda del Sr. Madero se encuentra en la Legación de Cuba en los actuales tristísimos instantes; y me refiere que estuvo a solicitar del General Blanquet una orden para entrar en la Penitenciaría a ver el cadáver de su infortunado esposo; el general le dió la orden escrita, pero en la Penitenciaría no la respetaron, le arrebataron de la mano el papel y tuvo que retirarse. La Sra. Madero quiere, de cualquier modo, que le entreguen el cadáver de su marido para ella darle cristiana sepultura; y yo le ruego a V. E., Sr. Embajador, en nombre de la piedad que la desventura y el dolor inmenso inspiran, y por la nobleza y generosidad del carácter de V. E., que interponga su influencia para que la señora Madero sea complacida. Sólo V. E., podría conseguirlo.

Lo saluda con su distinguida consideración, afectuosamente, S. S. y amigo,

M. MÁRQUEZ STERLING.

A su Excelencia el Sr. Henry Lane Wilson, Embajador de los Estados Unidos de América".

Jamás dejaron de ser cordiales y amistosas mis relaciones con Mr. Wilson, aunque, sin motivo, y no en México sino en la Habana, afirmara lo contrario la sus-

picacia reporteril. No es propio del resorte diplomático el romper lanzas a porfía, ni fácil, entre representantes extranjeros, el chocar; Ministros de la Paz, Ministros de la Civilización se unen, a través de la tormenta, para altos fines humanitarios. Por eso, el Cuerpo Diplomático sólo acuerda medidas de concordia, medidas previsoras que eviten catástrofes; y no impone votaciones por mayoría, ni se rige por otro designio que el unánime y fraterno, bajo el Código de la etiqueta severa y la impecable cortesía. Cada Ministro, independientemente, se conduce según las instrucciones de su Gobierno y en provecho de intereses nacionales que no preocupan a sus colegas.

Mr. Wilson respondió en seguida a nuestra carta:

"Embajada de los Estados Unidos de América.—México, Febrero 23 de 1913.—Mi querido colega: Acabo de recibir su nota relativa a que las personas encargadas de custodiar el cuerpo del extinto Presidente, rehusaron que su viuda pasara a verlo. Casualmente, el señor de la Barra estaba en la Embajada cuando llegó su citada nota y atendiendo a mi súplica salió a ver personalmente al Presidente de la República, para procurar no tan solo la orden necesaria sino para interponer su influencia con este fin.

Ruego a su Excelencia me haga el favor de expresar a la señora Madero mi profunda simpatía y la de mi señora esposa, por ella y su familia, y decirle que en éstos momentos difíciles deseo ayudarla en todo cuanto me sea posible, y que puede dirigirse a mí para todo cuanto guste.

Soy, mi querido Señor Ministro, sinceramente suyo,

HENRY LANE WILSON.

A su Excelencia el Sr. Manuel Márquez Sterling, Ministro de Cuba".

¿Sorprendió al equivocado embajador la muerte de Madero y Pino Suárez? ¿Sinceramente había confiado



en la p rfida palabra del general Huerta? El señor de la Barra, ministro de relaciones exteriores explica el trance: la imprudencia de fingidos conjurados, que pretenden rescatar a los prisioneros, disfraza el horror de la Ley Fuga. Y Mr. Wilson acepta la explicación.   Pueden volverse del revés los hechos consumados; nos es dable embadurnar a capricho la fea cara de la ensangrentada realidad? El diplomático, a guisa de Mr. Wilson, ha de ser, ante todo, espíritu limpio de todo romanticismo, corazón helado, talento práctico, olfato experto en olores de conveniencia. El dictamen del yanqui era este: Madero preso.   Hay derecho a increpar al filósofo en la persona del inmune embajador? Audacia la de Huerta, beber champ a a las ocho, en la embajada, en homenaje al natalicio de Jorge Washington, y a las once hartarse de la sangre de Madero y Pino Suárez, mas, no perturba la coincidencia al diplomático, ni piensa, con ingenio de poeta, que la sangre de Madero y Pino Suárez ha salpicado una fecha de Jorge Washington; ni se le ocurre cómo la espuma del champ a destapado en honor de Jorge Washinton, riega el cuerpo yerto de Pino Suárez y el cadáver aún caliente de Madero.... Sin embargo, la figura de un completo embajador exige, en los entreactos, alguna pincelada generosa; Mr. Wilson reflexiona; y brinda, a la viuda de Madero, la estrecha válvula del sentimiento. Pero, sus oficios no producen benéfico resultado; ni se conservan datos de la mediación del ministro de la Barra, atento a no provocar, en contra suya la cólera del Dictador.

A las dos de la tarde, no obstante, podría visitar la viuda el cadáver de su marido, a condición de ir sola; y aunque se opuso a ello el hermano de la desgraciada señora, y no se efectuó la visita, el alcance de un periódico, pasados quince minutos de las dos, daba cuenta al país del suicidio de la viuda sobre el esposo muerto.

Circul  el cable, por todas las cancillerías del muu

do, una larga "nota" diplomática del señor de la Barra explicando, en forma de novela, el sensacional acontecimiento, novela concebida a los efectos de la exportación. En México, donde la Ley Fuga ha sido muchas veces aplicada, y tiene su capítulo en la Historia, nadie admitió, partidario o enemigo del Gobierno, la f bula oficial. Unos, jact banse de la medida; otros, por decoro, osaban justificarla; corrían de labio en labio, del café al aristocrático salón, del club a la obscura sacristía, detalles de crueldad inverosímil; y tenían las gentes por cosa indiscutible que, apu aleadas las víctimas en Palacio, condujeron los verdugos en automóvil a la Penitenciaría los cadáveres mutilados. El testimonio del general Angles, me permite asegurar que en este punto se equivocaban.

... Aquella tarde instalaron las guardias, en la prisión, tres catres de camp a, con sus colchones, prenda engañosa de una larga permanencia en el lugar. Sabía ya Madero el martirio de Gustavo, y en silencio ahogaba su dolor. A las diez de la noche se acostaron los prisioneros: a la izquierda del centinela, Angeles; Pino Suárez, al frente; a la derecha, Madero.

— "Don Pancho" — refiere Angeles — se envolvió en la frazada, ocultando la cabeza. Apag ronse las luces. Y yo creo que lloraba por Gustavo.

Transcurrieron veinte minutos y de improviso ilumin se la habitación. Un oficial, llamado Chicarro, penetr  seguido del Mayor Cárdenas.

— Señores, lev ntense — dijo Chicarro.

Angeles alarmado, pregunt :

— Y esto  qu  es? A dónde nos piensan llevar?

Chicarro entregaría los presos a Cárdenas; y ambos esquivaron el contestar. Pero Angeles, insistió con tono imperativo de general a subalterno:

— Vayamos, digan ustedes  qu  es esto?

— Los llevaremos fuera.... — balbuce  Chicarro.

— A la Penitenciaría.... A ellos, a usted no, general....



—Entonces ¿van a dormir allá?

Cárdenas movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y cómo no se ha ordenado antes que trasladen la ropa y las camas?

Los oficiales procuraban evadir las respuestas. Al fin, Cárdenas gruñó:

—Mandaremos a buscarlas después....

Pino Suárez, se vestía con ligereza. Madero, incorporándose violentamente, preguntó:

—¿Por qué no me avisaron antes?

—La frazada había revuelto los cabellos y la negra barba de don Pancho—añade Angeles— y su fisonomía me pareció alterada. Observé las huellas de sus lágrimas en el rostro. Pero, en el acto, recobró su habitual aspecto, resignado a la suerte que le tocara, insuperables el valor y la entereza de su alma. Pino Suárez pasó al cuarto de la guardia, donde los soldados le registraron a ver si portaba armas. Quiso regresar y el centinela se lo impidió: "Atrás...." Don Pancho, sentado en su catre, cambió conmigo sus últimas palabras....

ANGELES (a los oficiales):—¿Voy yo también?

CÁRDENAS:—No, general; usted se queda aquí. Es la orden que tenemos.

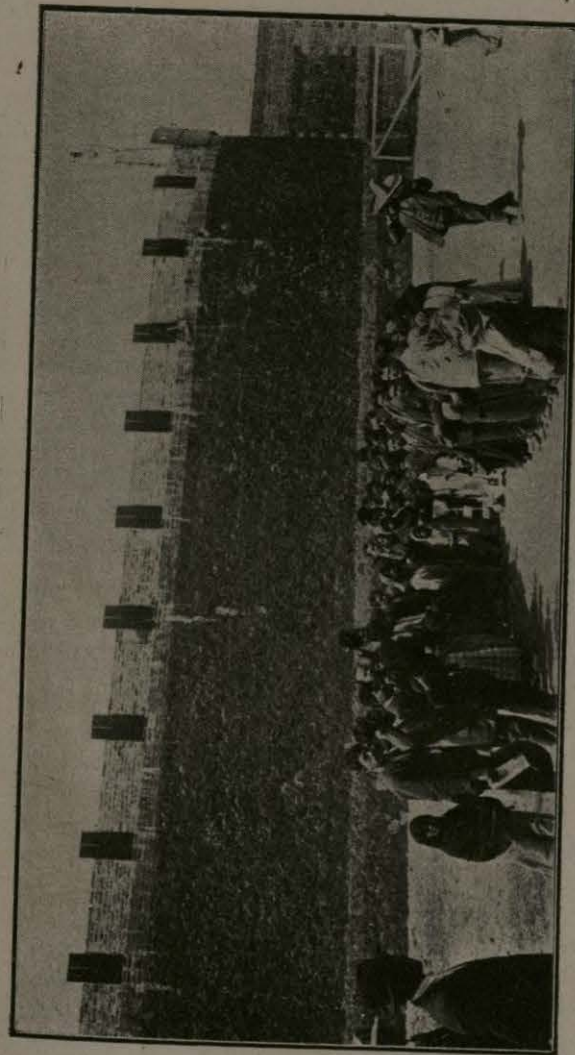
El Presidente abrazó a su fiel amigo.

Y cuando los dos apóstoles salían al patio del Palacio, Pino Suárez advirtió que no se había despedido de Angeles. Y desde lejos, agitando la mano sobre la indiferente soldadesca, grito:

—Adiós, mi general....

Dos automóviles los llevaron por camino extraviado. En la Penitenciaría —dice Angeles— algunos presos, de quienes a poco fui compañero, escucharon doce o catorce balazos, disparados uno tras otro, poco a poco....

¿Quién presenció el espantoso crimen? ¿Quién puede referir, instante por instante, la inícuca felonía?





Esta carta, que más tarde un desconocido entregó al portero de la Legación de Cuba, acaso contribuya a descubrir el secreto:

"A su Exlncia. el Sr. Ministro de Cuba como embajador de nuestro Gobierno en México.

Sr. Ministro.

Todo un pueblo rechasa indignado la mancha que se le quiere arrojar de asesino pues nunca como ahora ha dado pruebas de cordura y sibilización más para las naciones extranjeras conoscan como fué el asesinato del Sr. Presidente Madero y para que la historia no quede ignorante voy a consignar los siguientes datos del asesinato que ha sido el mismo Gobierno, pues bien el Sr. Madero fué sacado de Palacio y llevado a la Escuela de Tiro y de allí fué arrastrado en compañía del señor Pino Suárez y enseguida pasados a balloneta y después se les isieron disparos para simular el atentado de asalto pasando todo esto tras de la Penitenciaría donde el público puede conbencerse de los acontecimientos se desarrollaron pues la renuncia fué falsa pues digno era de un Presidente entregar el poder quien no se lo había entregado supuesto que el pueblo lo nombro el primer Magistrado de la Nación y en nombre de todos los hijos de México le suplicamos ponga toda su influencia para bien de todos los hijos del suelo mexicano.

LOS HIJOS DE MÉXICO".

¿Presenció la matanza el autor de esas mal escritas líneas? ¿Es la palabra de un testigo que vió el crimen desde la sombra, un obrero, un gendarme, un vendedor ambulante, o es quizá uno de los soldados de Cárdenas que descarga su conciencia?

En el pueblo mexicano existe la errada creencia de que Madero no renunció a la Presidencia de la República



y en esta sospecha se reafirma el autor del anónimo al ver arrastrados a Madero y Pino Suárez de la Escuela de Tiro a la Penitenciaría, que es, al cabo, la más lógica de todas las versiones. Pino Suárez, al decir de los que lograron observar su cadáver, estaba horriblemente desfigurado. La mortaja solo dejaba descubierta la esclarecida frente de Madero. Y aquellos disparos, uno a uno, que contaron los presos de la Penitenciaría, ¿no son los que simularon el asalto a que alude el singular anónimo?

M. MÁRQUEZ STERLING,

*Ex-ministro de Cuba en México.*

Pocas palabras bastan para enseñar la verdad. Las frases sonoras y los largos discursos sólo sirven para propagar el error.

El Ministro de Cuba ha sido el primero en cincelar la estatua del Gran Mártir. Unico testigo de aquellos trágicos momentos, tocaba a un extranjero recién llegado, desprendido por ende de toda sugestión, de toda simpatía, tocaba al noble enviado de un país amigo trazar los primeros rasgos del más grande de los mexicanos, presentándolo al mundo en toda su apostólica sencillez, acompañado de la inquebrantable y cabaleresca lealtad de Pino Suárez en la sombra profética de un fin trágico.

El conmovedor relato del Sr. Márquez Sterling es el primer paso hacia la reparación, hacia la glorificación de aquellos dos justos que se preparaban a morir simplemente, sin vano gesto, con la mansedumbre inefable de los verdaderamente buenos. Una sola protesta, apenas delineada por Pino Suárez: "¿qué les he hecho para que intenten matarme? La política sólo me ha proporcionado angustias, dolores, decepciones. Y créame Ud. que sólo he querido hacer el bien. La política al uso es odio, intriga, falsía, lucro. Podemos decir por tanto, el Sr. Madero y yo, que no hemos hecho política para los que así la practican. Respetar la vida y el sentir de los ciudadanos, cumplir las leyes y exaltar la democracia en bancarrota, ¿es justo que conciten enemiga tan ciega, y que, por eso, lleven al caldalso a dos hombres honrados que no odiaron, que no intriguaron, que no engañaron, que no lucraron? ¿Es acaso que el



"mejor medio de gobernar a los pueblos de nuestra raza lo dá el ánimo perverso de quienes lo explotan y "oprimen?"

Poetas? Sí... Aquellos dos hombres enlazados por el destino habían sido elevados a los primeros puestos de su país no porque fueran los más brillantes, ni los más expertos, sino porque fueron los más buenos, los más francos, los más justos y los más valientes de los mexicanos; porque dijeron lo que todo el mundo sabía pero nadie se atrevía a decirlo: que el sufragio era una farsa y la Constitución un mito y lo dijeron como hubieran dicho el Sermón de la Montaña, con la frente puesta en el cielo. Su lógica fué un producto forzoso de su inteligencia y su sinceridad. Su lógica era hija de sus cerebros claros, de sus corazones serenos. A la lógica Díaz-Corral la historia opuso una nueva lógica: la lógica Madero-Pino Suárez, como si el infierno, cansado del perennal tormento, hubiera hecho llegar su contrición, en ondeante grito, hasta alcanzar de la infinita clemencia del cielo, una tregua de quince meses. A la soberbia sucedió la humildad, al castigo el perdón, al ceño dominador y adusto la sonrisa humana, al fasto la modestia, al crimen la ley, al verdugo el juez, al vicio la virtud y a la autocracia la voluntad soberana del pueblo.

Aquellos dos hombres ingenuos habían mamado sus ideas nó amarrados a los prejuicios de las grandes urbes, nó amarrados a sus jerarquías artificiales, donde la pobreza degrada y el fracaso desespera; donde las cortesanas son más miradas que las estrellas, nó: habían formado su pensamiento en la intimidad de las constelaciones, y en las soledades de los campos, donde se conserva la personalidad, donde cada paisaje es un poema, cada selva una mansión de hadas. Aprendieron la verdad en los ojos implorantes de los humildes, y no en los lugares en que la verdad se cubre, en que se pulen los guijarros y se maculan los diamantes. Por eso ambos eran multilaterales; sabían llorar y reír; sus cerebros eran complejos y sus corazones sencillos; sus pala-

bras, cándidas como un espejo que refleja sin disimulo, reproducían la imágen fiel de su pensamiento. Porque fueron francos no fueron solemnes, la solemnidad es máscara de la ignorancia y la hipocresía, el prólogo, texto e índice de la astucia de los estúpidos. Porque fueron buenos y justos fueron naturales, pues natural era su vida como natural su pensamiento. Y porque fueron francos, fueron justos y fueron buenos, por eso mismo fueron valientes, porque sabían que todo, hasta la muerte misma, era natural y aún necesaria para la salvación de su pueblo.

En su palabra no había énfasis ni en su gesto violencia porque NO ODIABAN. Sobre la tumba aún abierta de aquel otro mártir del Deber, el General González Salas, Pino Suárez pronunció estas simples palabras: "Era necesario. Seguiremos vuestro ejemplo", mientras Bulnes escribía: "el pueblo que presente veinte ejemplos así, de generales que se suicidan sobre su derrota, conquistará al mundo". El uno enfáticamente, proclamando la gloria militar de la conquista mientras el otro, mansamente, preconiza el simple cumplimiento del deber cívico. Como su maestro, como su jefe, Pino Suárez era sencillo y su lenguaje natural y claro. Victor Hugo ha dicho que para ser sublime es preciso ser natural, que hay que permanecer cerca de la yerba en vez de remontarse a las nubes, porque mejor es el calor del corazón humano que la frialdad de las nubes. Madero y Pino Suárez supieron darnos la diferencia entre un apóstol que proclama verdades y un histrión que enuncia falsedades. El uno pone el pensamiento por encima de los recursos del arte, cree que las ideas más grandes se expresan con las frases más cortas y que todo el que tiene idea habla bien, en tanto que el histrión, el profesional de la palabra, cree que todo depende de la elocuencia, de las tonalidades vocales, de la exquisitez sintáctica y el efectismo de los gestos. Madero y Pino Suárez despreciaron esos recursos porque no predicaron ni escribieron para conquistar el poder engañando a las masas, sino para vindicar ver-